

**JULIO E. MIRANDA.**  
***Retrato del artista***  
***encarcelado.***  
**Maracaibo:**  
**Universidad Cecilio**  
**Acosta, 1999.**

“¿No todo es cárcel?” Esta frase de Martí, tan abarcadora, fue atinadamente seleccionada por Julio Miranda para titular su estudio sobre Martí, que —junto con los dedicados a Oscar Wilde y al poeta venezolano Alfredo Arvelo Larriva—, conforman su libro *Retrato del artista encarcelado*.

Esta es la última obra de aquel crítico cubano residente, por muchos años, en Venezuela, donde falleció recientemente. Publicado póstumamente por amigos que siempre apreciaron su valor intelectual, la obra reúne tres ensayos acerca de tres poetas que vivieron la experiencia carcelaria.

En el caso de Wilde, Julio Miranda se mueve con soltura y eficacia por tres escritos del irlandés: *El alma del hombre bajo el socialismo* (1895), considerado por el ensayista como la verdadera causa de la condena

al poeta; la *Epístola* (1898), que aquel redactó desde la prisión a su joven amigo homosexual; y la *Balada de la cárcel de Reading*, sólo publicada íntegramente en 1962 y dedicada por entero a la experiencia del encierro. El crítico señala los nexos y diferencias entre ellos, y cómo la etapa carcelaria modificó a Wilde, quien, sin embargo, no dejó de ser el mismo. Breve y sustancioso, este ensayo es una singular muestra de la profundidad y lucidez del acercamiento del crítico a la utópica y dolorosa obra de Wilde, una personalidad, sin dudas, más rica que el simple hombre de ingenio habitualmente presentado por la posteridad.

El segundo ensayo de Miranda, además de caracterizar al poeta, entrega paralelamente un estudio acerca de cómo Arvelo Larriva (1883-1934) sublimó la largura y dureza carcelarias mediante el vuelo erótico de su poesía, y es, a la vez, una enjundiosa revisión del tema en la poesía escrita hasta entonces en Venezuela. Los casi quince años de encierro fueron dando un crescendo al erotismo de su poesía que, según muestra el crítico, pasa

por momentos de paganismo y por otros de lo que él llama un impío cristianismo.

Lo interesante es que, a diferencia de Wilde y de Arvelo Larriva, la experiencia en prisión de Martí, como observa Miranda, fue mucho más breve, algo menos de un año, frente a los dos del irlandés y los tres lustros del venezolano. Y, a pesar de los tremendos horrores conocidos allí, Martí sólo le dedicó a ello su estremecedor texto *El presidio político en Cuba* y algunas referencias — muy pocas, de unas líneas y de pasada—, en otros de sus escritos, como puntualiza Miranda caso por caso (nota 4, p. 104).

En los tres poetas, la cárcel no fue sólo la restricción de movimientos tras las rejas, sino que ésta fue acompañada también por la deficiente alimentación, y por un extenuante régimen de trabajos forzados y maltratos que, en el caso del jovencito cubano, pusieron en grave riesgo su vida y afectaron su salud para siempre. Resalta más, por ello, la relativa poca atención brindada por Martí en sus escritos a aquellos dolorosos momentos que no pudo olvidar jamás.

Muy probablemente la respuesta a esa escasez de referencias a su estancia en las canteras, la encontremos en este tercer ensayo de Julio Miranda, quien plantea acertadamente que el destierro fue una cárcel más extensa y más dura para Martí, o, inclusive, que así lo fue hasta su propia vida toda, como sugiere la pregunta que titula el ensayo; aunque, sin embargo, —y a pesar de que trata el tema con justeza— Miranda no relaciona la satisfacción sacrificial que provocó en el joven la condena por su patriotismo como causa posible de esas limitadas observaciones en su vasta obra.

Si mi apreciación debate con el texto de Miranda, tómese ello como un elogio, pues su inteligente, capaz y meditada lectura de los textos martianos, particularmente de su epistolario, demuestra sin reservas que Martí fue un artista encarcelado prácticamente a lo largo de toda su vida, y que afrontar tal "prisión exterior" fue justamente el sentido de su vida. Desde esa perspectiva, Miranda rastrea la singular relación de Martí con la muerte, cómo se consideró a sí mismo, un muerto en vida, y cómo

repitió varias veces que recogía del suelo su vida hecha pedazos, especialmente durante su larga residencia en Nueva York.

Siguiendo sus cartas y sus versos, pero sobre todo las primeras —una zona, por cierto, aún poco estudiada de su producción—. Miranda encuentra que el tema de la muerte se inaugura en las conocidas misivas de la adolescencia a Mendive, de 1869, y a la madre, del 10 de noviembre de ese mismo año. Señala el crítico que, más adelante, el tema tendrá que ver con el amor —que salva de la muerte, pero cuya frustración y ausencia son mortales—, y, sobre todo, con el destierro, entremezclado en Nueva York con la sobrevivencia económica (que afectaba su capacidad de expresión artística), las enfermedades y las amarguras que le imponía su propia actuación en la lucha revolucionaria.

Sin negar cierta inclinación de Martí hacia la muerte que parece irse más allá de inclinaciones expresivas del romanticismo (por ejemplo: "Indudablemente, si me muero pronto, lo que no vendría mal...", carta a Mercado del 30 de mar-

zo de 1878), el mismo Martí, no obstante, escribió a su madre en 1892: "...la muerte no me mata". Para Miranda, lo que lo mataba era, en primer lugar, aquel destierro, equivalente a la cárcel, como una forma disimulada e inmensa de encierro exterior, según desprende el crítico de varias observaciones en sus cartas.

Al mismo tiempo, Miranda sustenta en más de uno de sus textos la articulación que establecía Martí entre su sufrimiento y su fuerza ante el dolor, junto a su sostenida afirmación de la bondad de los hombres. "Habría una verdadera estética del sufrimiento en Martí, ligada justamente a su trascendencia o vencimiento" (p. 77). Así, el crítico encuentra que el tema del sufrimiento se extiende por un cuarto de siglo en sus escritos, en medio de las diferentes circunstancias de su existencia. Y halla, además, que ese tema se va entretejiendo al de la muerte y al de las enfermedades, en lo que se reproduce la dialéctica padecimiento/fuerza.

El tema de la bondad, para Miranda, está íntimamente ligado al del destierro y, curiosa-

mente, mientras incluye en la manifestación de tal virtud hasta a los españoles favorables a la independencia cubana, Martí excluye de ella a los hombres de Estados Unidos. Ello se asocia, según el crítico, con las dolorosas quejas y avisos martianos por la política imperialista de ese país, por una parte y, por otro lado, con su ideario social, cuyo eje es el amor al pueblo, cubano y latinoamericano, al confiar en su bondad y en su sentido natural de justicia.

Es una pena que Miranda cruce demasiado rápidamente por los días de Martí en Cuba al final de su vida, pues su análisis entonces se resiente un poco de la falta de matizaciones que, no obstante, derrocha en los análisis precedentes. De todos modos, aunque parece indicar que, iniciada la guerra, ya no quedaba más por vivir a Martí, la propia frase con que cierra el ensayo, dado su sentido polisémico, entrega sin dudas un final todavía abierto al análisis: "Y muere al día siguiente. ¿Libre, al fin, de toda cárcel?" (p. 102).

Otras preguntas inquietan al leerse el texto de Julio

Miranda: ¿puede hablarse del tema del encarcelamiento —y de la muerte— del artista Martí sin hacer referencia a su idea acerca de la transmigración? (Recuérdense "Yugo y estrella" y sus observaciones en sus Cuadernos de Apuntes). ¿No hay una fuerte matriz cristiana en sus criterios acerca del sufrimiento y del dolor? Pero —insisto— este avivamiento indagador es precisamente el mayor mérito de este ensayo de Julio Miranda, a mi juicio, el más rico de los tres incluidos en su *Retrato del artista encarcelado* y, además, un lúcido, esclarecedor y amoroso acercamiento al Maestro, que bien vale divulgar dentro de Cuba.

**Pedro Pablo Rodríguez**  
**Centro de Estudios**  
**Martianos**  
**La Habana - Cuba**